

plementa. El lector, al fin, significa, se le categoriza como ser actuante que alcanza una magnitud desconocida en la novela tradicional. Es nuestra deuda con la novela moderna: este acto de enervado erotismo, de correspondencia intelectual. Un juego de espejos donde la construcción paradójica ilumina un sentido perdido, quizá sólo olvidado: el signo palpita de nuevo y, en la misma cifra del enigma, vislumbramos por un instante único la transfiguración radiante del misterio. La prosa barroca de Rosa Chacel conjuga con tal maestría sensualidad y abstracción —carnal conocimiento— que, al fin, los ojos del alma ven, o como mejor escribió sor Juana Inés de la Cruz:

Tengo entrambas manos ambos ojos  
y solamente lo que toco veo.

Y ven, aquello que tocan —la palabra—, con privilegio. La ficción es ya un hecho donde, inevitablemente, la idealidad —que no la Idea— ha dejado de ser ejemplar: cada uno de nosotros —los que leemos— somos héroes sin modelo previsto. La libertad resuena trágica en cada letra escrita: estamos solos en la selva de la verdad de esta nueva literatura. Literatura y verdad, conquistando el terreno, no sé si ganado o perdido, de la vida. Realidades ocultas cuyo tesoro Rosa Chacel ha osado desentrañar: revelar. Esta es su estirpe, el espacio en que se mueve. Su pertenencia y su legado.

Altiya humildad de quien se siente destinada a buscar un camino de salvación —y de perfección— en su propia circunstancia. El destino para Rosa Chacel, que lo aprendió en el más genuino Ortega, es un acto de libertad responsable. Un imperativo de la libertad. Y, justamente, es en la obediencia a ese destino donde hallamos su humildad; su orgullo, en la voluntad indomeñable donde espejea la razón divina cargada de sinrazones. A partir de aquí la incógnita de su paradoja puede ser despejada: la sierva del Señor concibe el Verbo, afirma su plenitud en el fiat..., pero quiere comprender a la luz de la razón y no a ciegas. Extraña fe, extraña también inocencia. En *Estación. Ida y vuelta* sobrevuela extendida la mano del ángel anunciador. En esta novela estrafalaria, como ella misma la ha calificado, purísima y difícil de leer, alborea la iniciación de un cumplimiento. Rosa permanecerá fiel a su estación fecunda a lo largo de toda su vida. Pero ocurre que la vida es una ida, una andadura y un viaje que se manifestará, trascendida en cada vuelta, ya templo de la escritura, donde se estrechan los contrarios y se abren, consumados, todos los posibles. Regreso a la estación primordial siempre: tangencia de la vida y de la muerte. El círculo chaceliano se cierra con este amoroso anillo de esponsales. La clave de su obra.

El círculo que construye Rosa Chacel en cada una de sus novelas y en el conjunto de su obra, naturalmente, quiere ser perfecto. No siempre lo

es. Y, en algunas ocasiones, la humana imperfección salta a la vista. Somos hombres y jugamos con cosas de hombres. Ello no debe ofuscarnos a la hora de emitir un juicio sobre su obra. Bien dice Octavio Paz que, entre los poemas de cualquier poeta, son muy pocos los que podemos marcar con el sello de la perfección, los que resisten esa prueba final. También Aleixandre dejó escrito que no importa que se borren esas palabras si otros las heredan. Grave ineptitud sería desautorizar una obra por no alcanzar la totalidad absoluta del paraíso, su fiel reflejo. Seguramente quisieron conducirnos a él, elevarnos hacia esa perspectiva suma, como la llamó con exactitud Ortega...; y si logran la altura que nos levante por encima de las bardas de nuestro particular corral, podemos darnos por satisfechos. Rosa Chacel consigue casi siempre que nos crezcan alas. Sólo que su paraíso de agua ideal, como el de cada hijo de vecino, se afinca en la tierra. En la tierra y en una Realidad que hay que escribir con mayúscula. De ahí partimos. Lo otro, hacia donde vamos, es el espejismo a que la sed nos arrastra. Podemos alcanzarlo en algunos momentos.

La meta que Rosa Chacel se propuso al iniciarse de manera categórica en la novela, suponía un reto tan novedoso en nuestra literatura —sin excluir su parentesco, una cierta paternidad, con Unamuno— que incluso experimentando como posible su realización ya en su primera novela, iba a enfrentarse con no pocos obstáculos. Si a esto sumamos la crisis de soledad y aislamiento literarios que atravesó durante largos períodos del exilio (un exilio muy suyo, que cuadraba bien con su carácter, y que no le impidió seguir trabajando con el mismo tesón, pero sin los apoyos —u oídos— necesarios que, para el escritor, son sustento), entenderemos que se viera obligada a una reconcentración sobre sí misma, no a un repliegue, si aspiraba a sobrevivirse. Esa reconcentración no ha dañado su obra, pues es la parte más esencial que la constituye. Cuando Rosa parte hacia su largo viaje americano, su mundo novelístico había evolucionado y madurado tras las *Memorias de Leticia Valle* como para fructificar en una obra maestra. *La sinrazón* lo es, sin duda, pero se advierte un temblor en la armonía final del conjunto. Es el temblor del yo literario, en sus soledades solo. El yo de Rosa Chacel como creadora, obsesivamente presente, y no el de Santiago Hernández, cuya soledad y confesión, cuya escritura resplandece en la novela, y son su gloria. Resultaría inútil lanzarse a una especulación gratuita sobre lo que hubiera debido significar esta obra magna en el caso de que Rosa hubiera contado con un entorno literario adecuado y estimulante, con el aliento y la perspectiva que el intercambio ofrece. Rosa Chacel era entonces una voz clamando en el desierto. Podía sentir la cercanía de los experimentos europeos, en concreto del *nouveau roman* francés: nueva novela en la que ella se había ejercitado de manera original desde sus co-

mienzos vanguardistas, confirmando ahora una sincronía temporal... No obstante, le faltó el contraste en su propia lengua, la acogida en su ámbito natural. Sabía que no estaba errando, que el camino era continuable, pero sus campos castellanos quedaban distantes, y se refugió, serenamente, en la extensión silenciosa de la pampa argentina. Silencio fue y no eco. Esta falta, esta falla, sí perjudicó el ir haciéndose de la novela: se acusa la soledad literaria, pesa. No existe el abono que hubiera recibido del contacto y que, en cierto modo, aísla la novela. Por ello, *La sinrazón* arraiga con fuerza en las primerísimas raíces chacelianas, se concentra en ellas casi compulsivamente; y es lástima que este aferrarse con uñas y dientes, al no divisar los horizontes del presente, entorpezca su vuelo. Un vuelo que presentimos en muchas páginas como majestuoso, y que se divisa en los cuentos. Esas pequeñas delicadezas poéticas donde Rosa explaya un sintético ejercicio simbólico cruzado de dualidades complementarias y paradójicas y, que de ninguna manera podemos considerar como una obra menor. Tal vez la brevedad de los textos, el marco en que se desarrollan, hayan permitido la movilidad de que se ve privada *La sinrazón*, y que la hiere en su mismo núcleo: el compromiso de Rosa Chacel con respecto a los fines de esta novela; la exigencia de dar con ella una respuesta definitiva a Ortega.

Lo cierto es que podemos observar que cuando comenzó a tener el contacto que necesitaba —y el reconocimiento—, cuando su voz fue escuchada con la atención que requería, su obra se animó con una savia fresca, sin tener que pagar el tributo de ninguna renuncia. Siendo ella misma. Brotando de su inagotable fuente interior. *La Trilogía*, como evidencia de la salida de una crisis de creación, entra en ese apartado donde la vitalidad se recobra y el temblor desaparece sin dejar apenas poso... Rosa Chacel escribe como siempre escribió, libre; toca los mismos asuntos —aunque en *La sinrazón* haya vertido los más graves: su confesión más desnuda, su tragedia más honda—, pero escribe sin miedo, incorporada al ámbito de su lengua, pese a que se le interpusieran otro tipo de dificultades. El lector recibe con agradecimiento esa alegría; y entonces la perfección perseguida se roza, los tiempos se conjugan en pasajes de imponderable altura. Los defectos de la obra chaceliana, tristemente, obedecen a mordazas coyunturales, más que a otras cuestiones de tipo técnico que ha sabido resolver con probada inteligencia.

Francisco Brines nos ha confiado en sus versos clarividentes las dudas que todo escritor padece en su palabra, para terminar afirmando que, en su humana imperfección, y hasta en el olvido, dan prueba inequívoca de la verdad, y así nos sirven. No me resistiré al placer de evocar unos fragmentos de su poema:

No tuve amor a las palabras;  
 si las usé con desnudez, si sufrí en esa busca,  
 fue por necesidad de no perder la vida,  
 y envejecer con algo de memoria  
 y alguna claridad.

(...)

Hay en mi tosca taza un divino licor  
 que apuro y que renuevo:  
 desasosiega y es

remordimiento;

tengo por concubina a la virtud.

No tuve amor a las palabras,

¿Cómo tener amor a vagos signos

cuyo desvelamiento era tan sólo

despertar de la piedad del hombre para consigo mismo?

En el aprendizaje del oficio se logran resultados:

llegué a saber que era idéntico el peso del acto

que resulta de lenta reflexión y el gratuito.

Y es fácil desprenderse de la vida, o no estimarla,

pues en la desdicha tan valiosa como en la misma dicha.

Debía amar las palabras,

por ellas comparé, con cualquier dimensión el mundo externo:

el mar, el firmamento,

un goce o un dolor que al instante morían;

y en ellas alcancé la raíz tenebrosa de la vida.

Cree el hombre que nada es superior al hombre mismo:

ni la mayor miseria, ni la mayor grandeza de los mundos,

pues todo lo contiene su deseo.

(...)

Mirad al sigiloso ladrón de las palabras,

reptan en la noche fosca,

abre su boca, y está mudo.

Ladrones de palabras: Prometeos del fuego originario, tejiendo el Verbo con hebras de amor y aun de devoción, para mostrar un indefinible retrato de la vida. Hay quienes eligieron este oficio primoroso y delicadamente inútil, que es memoria de la humanidad toda, conciencia del existir. «Magia de la obra viva» dio por título a otro poema Luis Cernuda, quien dejó bien sentada la frase del sabio «carácter es destino». Y sí, quizá lo sea. Rosa Chacel pertenece a esta raza de escritores creyentes y por eso una ráfaga de eternidad estremece sus palabras, las que parecen regresar desde el origen: la fe en el acto creador que nos va haciendo lo que somos: esta especie animal llamada hombre.

**Esperanza Rodríguez**